

Los desafíos del nuevo orden

Carlos Mario Perea Restrepo

● Cómo pensar y enfrentar esta época de transformaciones dramáticas, de desorden y mayor desigualdad?; ¿cómo emprender una acción política que conduzca la actual crisis estructural hacia la instauración de un nuevo orden, este sí igualitario y democrático? Tales preguntas condensan el espíritu que anima la escritura del historiador Immanuel Wallerstein en este libro: su pertinencia y riqueza interpretativa lo convierten en texto de primera mano para la reflexión latinoamericana frente a una época plagada de incertidumbres y desafíos.

Immanuel Wallerstein:
Después del liberalismo,
Siglo XXI/Centro de
Investigaciones
Interdisciplinarias de la
UNAM, México,
3ª edición, 1999.

Una aseveración ordena el conjunto de ensayos. Según anuncia el título, *Después del liberalismo*, 1989 marca no el triunfo sino la muerte del liberalismo. En oposición a la sonada afirmación de que el fin de la Guerra Fría aniquila el socialismo y relanza el liberalismo, la caída del muro de Berlín, dice el autor, sella el ingreso de una era posliberal inaugurada años antes con la revolución mundial de 1968. Bajo la mirada penetrante de quien ha viajado con largueza por la humanidad de los últimos cinco siglos, el libro se desarrolla como una sociología histórica del liberalismo a lo largo de cuatro argumentaciones: las ideologías y su convergencia liberal; la lucha hegemónica y la crisis estructural; la confrontación entre Norte y Sur; y la autonomía de la modernidad de la liberación.

1. *Tres ideologías y una visión del mundo.* La Revolución francesa legitimó dos ideas sobre las que descansaría la modernidad: el cambio político no solo es normal sino que es inevitable y la soberanía reside en la voluntad del pueblo. Las tres ideologías surgidas por aquel entonces, entendidas como proyectos políticos de largo aliento, se diferenciaron en la manera como cada uno postuló la realización de aquellas ideas seminales. La primera reacción a la Revolución, el conservatismo, pretendía evitar el cambio, o al menos retardarlo, asumiendo los órdenes tradicionales como el sujeto político; en oposición a tal tesis el liberalismo buscaba modificar la sociedad en términos racionales y equilibrados viendo en el individuo el corazón de la colectividad; con claridad desde 1830 pero mucho más desde 1848, el socialismo se oponía al liberalismo al creer en las transformaciones radicales bajo el motor histórico del pueblo en su conjunto. La modernidad es el culto al cambio y el progreso. La manera como se asume, terciando en la disputa entre la reforma y la revolución, se convirtió en centro del debate de los siglos XIX y XX.

No obstante las diferencias, asevera Wallerstein, las tres ideologías convergen con sus propios énfasis en la fe en el progreso por la vía del aumento de la productividad, nada distinto al evangelio liberal. Se trata entonces de una sola visión liberal con tres matices. Entre 1789 y 1848 el conservatismo se enfrenta a un liberalismo tras la búsqueda de su hegemonía cultural; entre 1848 y 1917 se construye la hegemonía del liberalismo mientras el socialismo busca armar su predominio; y de 1917 a 1989 viene la apoteosis liberal con la presencia del leninismo como contrapartida: el socialismo comparte las tesis de autodeterminación de los pueblos, el desarrollo económico como eje de la historia, la existencia de valores universales aplicables a los pueblos por igual, la validez del conocimiento científico como clave de la productividad y la creencia en la democracia bajo la dirección de expertos reformadores encargados de las decisiones. Las estrategias revolucionarias fracasaron porque todas estaban imbuidas del credo liberal, incluso el leninismo. El año de 1989 cierra dos siglos de dominio de la visión liberal del mundo.

2. *Crisis estructural y bifurcación.* A lo largo de los últimos cuatro siglos se han presenciado tres periodos de hegemonía, vale decir, coyunturas en que una potencia posee una posición geopolítica capaz de imponer sin desafíos una concatenación estable en la distribución de poder: las Provincias Unidas a mediados del XVII, Gran Bretaña en el XIX y Estados Unidos entre 1945 y 1968-1989. La Segunda Guerra Mundial concluye el enfrentamiento entre EEUU y Alemania por la hegemonía. El primero triunfa sobre un poderoso aparato productivo no destruido en la guerra y un vasto poderío militar. La Guerra Fría no se da sino en la

superficie, dos enemigos contruidos en visiones divergentes del bien social, pero en la práctica articulados desde la repartición de Yalta para hacer realidad la paz y la tranquilidad mundiales. Cada uno posee su coto de caza donde se garantiza el silencio de los opositores: la URSS fue una potencia subimperialista de EEUU que mantuvo bajo control una importante parte del globo, afianzando así la hegemonía mundial norteamericana.

Hasta comienzos de los años setenta, con todo, se prolonga el poderío norteamericano en convergencia con el comienzo de un nuevo ciclo recesivo mundial. Atrás quedaba un periodo de auge que había alentado grandes crecimientos de la economía y profundas esperanzas acerca del futuro. Como en ciclos anteriores, los monopolios hasta entonces dominantes pierden su poder viéndose desplazados por otros sectores de punta regados sobre nuevas áreas geográficas. Sus efectos se han dejado ver en la disminución de las tasas de beneficio, desempleo, informalización y especulación financiera. Japón y la Unión Europea se convierten en los emergentes centros competidores desatando la nueva contienda por la hegemonía.

Hacia comienzos del siglo XXI se inicia otro periodo de auge económico y lucha hegemónica. A lo largo de la década de los 90 se acelera la fase aguda de la crisis del mismo modo que aconteció en 1932-1939, 1893-1897, 1842-1849 y 1786-1792. Por lo pronto se vienen confirmando los procesos usuales, pero a diferencia de tiempos anteriores existe un manejo de factores que presagian cambios profundos. Se trata de un sistema bipolar con Japón y EEUU de un lado y la Unión Europea del otro, y no unipolar como durante el predominio de EEUU; el proceso de concentración será mayor y entre tres potencias, sin que se visualice cómo se socializará el auge hasta cubrir a los países pobres, mientras la expansión de 1945 a 1967 alcanzó al Tercer Mundo; la democracia enfrenta desafíos mayores, las migraciones masivas al Norte crean exclusión social y política comparable a la vivida en Francia e Inglaterra a comienzos del XIX, sin que sea posible crear el Estado de bienestar que apaciguó en ese entonces los ánimos; las capas medias privilegiadas enfrentan la pauperización cuando fueron ellas el principal apoyo político; las limitaciones ecológicas crean una barrera de contención a la producción capitalista y su acumulación incesante; la expansión geográfica en búsqueda de mano de obra barata ha llegado a su límite, acompañada de una avanzada desruralización que arroja masas urbanas concientes de sus derechos políticos; por último, el avance capitalista enfrenta una diferente estructura social en el Sur, lleno de países donde ha ganado audiencia el espíritu democrático y la caída del liberalismo.

La economía-mundo capitalista lleva cinco siglos en funcionamiento, pero se aproxima un momento de bifurcación donde se sabe de la profunda transformación que sobreviene sin que sea posible predecir su forma. Las realidades hablan de una tendencia a la progresiva disminución del control contrariando la tendencia en marcha desde hace cinco siglos: disminuye el papel ordenador del Estado dando pie a la privatización de la seguridad y el bienestar, tanto como cede la regulación del sistema interestatal impidiendo el rearme nuclear en un contexto donde ya no se explican los conflictos en términos ideológicos. Se avecina un nuevo orden sistémico.

3. *El Tercer Mundo*. Los sectores subalternos del centro fueron incorporados mediante el juego combinado de universalización del sufragio, Estado de bienestar e identidad nacional. Cuando se plantea el papel político del Tercer Mundo, una vez terminada la Primera Guerra Mundial, se edita el mismo paquete de integración liberal bajo los nombres de autodeterminación, desarrollo nacional e identidad con la democracia mundial. El primero se termina de cumplir con la independencia de los países africanos a comienzos de los años 60; pero el segundo, justo cuando debía aplicarse a escala universal, se ve impedido por su coincidencia con el bucle recesivo de la economía mundial. El leninismo coincidió en la fórmula: el antiimperialista y el avance socialista no eran sino una traducción de la autodeterminación y el desarrollo nacional. Las potencias al unísono ofrecían cerrar la brecha entre ricos y pobres.

El mundo camina hacia una mayor polarización entre el Norte y el Sur. Los países pobres detentan cada vez menos poder mientras presencian la caída de sus indicadores sociales. Entretanto han perdido sus movimientos de liberación nacional, esa fuerza desplegada entre 1945 y 1990. Ante la situación sus salidas parecen adquirir cuerpo en la estrategia Jomeini, a la manera de un rechazo radical de Occidente; en la opción de Hussein (¿y Milosevic?) emprendiendo guerras en el intento de modificar las relaciones de fuerza en el ámbito mundial; y en la resistencia individual por reubicación física mediante la migración, de tal modo que hacia 2025 los migrantes pueden crecer hasta conformar 30% o 50% de los habitantes del Norte como una población privada de derechos políticos.

4. *Nuevo orden y liberación*. La contradicción entre la modernidad de la liberación y la modernidad de la tecnología constituye la principal tensión cultural del capitalismo. La Revolución francesa resuelve el dilema a favor de la modernidad de la tecnología en tanto la ideología liberal contiene el conflicto simulando la identidad entre una y otra moderni-

dad. El triunfo técnico se prolonga hasta la revolución mundial de 1968, cuando se declara la diferencia esencial de la modernidad de la liberación y se señala lo lejos que está de ser alcanzada. La revuelta, prendida como una llamarada rápidamente apagada, mina sin embargo el consenso alrededor de EEUU. El resultado es la deslegitimación del reformismo liberal, la disolución de la estrategia de la toma del Estado como vía de la transformación social y la destrucción del mito del progreso. El año de 1989 confirma que ni la retórica más fundamental es garantía del cambio: el leninismo fue conservador pues su prédica sobre el inevitable triunfo del pueblo invitaba a la paciencia.

Ante la deriva la gente vuelve los ojos hacia los grupos, radicalizándolos como alternativa a la ciudadanía y la participación. ¿En quién confiar en un mundo en tránsito? Antes se apelaba al Estado, ahora a los grupos defensivos y temerosos. No obstante ellos hacen parte de una diáspora democratizadora, del ansia de igualdad y participación. Los 50 años venideros serán de grandes luchas políticas, «un periodo de importancia mayor que cualquier otro de los últimos 500 años», asevera el autor. A la vez será un periodo de grandes dificultades y desesperanzas. Existe vivo el sentimiento de actuar políticamente pese a la extendida conciencia del quiebre de la política clásica. ¿Qué hacer entonces? Combinar la lucha en lo cotidiano e inmediato con la lucha a largo plazo. La estrategia ya no pasa por la toma del Estado, aunque permanece visible la importancia de la intervención estatal en la tarea de mejorar la vida de las poblaciones. La propensión grupista debe evitar convertirse en simple organismo para la supervivencia transformándose en verdadero agente del cambio: la lucha por los derechos particulares ha de convertirse en conquista de la igualdad. Están en marcha monumentales modificaciones: es preciso actuar bajo la consigna de que en las épocas de gran caos es cuando la intervención humana es más definitiva.

La pregunta sigue siendo si surgirán movimientos de transformación dotados de estrategias alternativas. Se ha minado la creencia en que el cambio es inevitable tornando obsoletas las ideologías. Es pues la época de la «utópica», el momento de crear e imaginar un nuevo orden social, tarea de los próximos 50 años donde Latinoamérica tiene su lugar.

Fernando Mires

Teoría política del nuevo capitalismo o el discurso de la globalización

Nueva Sociedad, Caracas, 2000, 128 págs.
ISBN 980-317-169-0

«Por lo menos, sea permitido dudar si la globalización que nos está siendo presentada es la que de verdad existe, o si solo es una proyección intelectual colectiva de autores que habiendo perdido el espacio de realización de sus teorías, optan por creer en una globalidad que al ser tan global, termina por hacer innecesario el uso de las propias teorías. No deja de ser interesante destacar que la mayoría de los autores globalistas tiende a presentar la globalización como consecuencia del desarrollo capitalista a escala mundial. Particularmente entre los autores de inspiración marxista o post-marxista, la globalización aparece como la fase superior del imperialismo, que ha conducido al mundo, presuntamente, a una situación sin salida. Hay, en efecto, entre los globalistas, una suerte de sentimiento colectivo que recuerda arcaicas visiones milenaristas.»

Contenido: ¿Qué es la globalización?; La globalización de la política; Soberanía política y economía global; ¿Globalización o apocalipsis?; Sociología de la globalización; Entre el estatismo y el neoliberalismo; Redes, interferencias y sistemas; Un par de conclusiones; Nómadas de nuestro tiempo; Viejo capitalismo. Nuevo capitalismo; La cultura de la globalización; La construcción política del tiempo.

Carlos Mascareño (coord.)

Balance de la descentralización en Venezuela: logros, limitaciones y perspectivas

PNUD / Ildis / Nueva Sociedad, Caracas, 2000,
246 págs. ISBN 980-317-172-0

La descentralización del Estado venezolano representa uno de los cambios políticos más importantes de Venezuela en el siglo xx. Por vez

primera en la historia republicana se eligen gobernadores y alcaldes de manera universal, directa y secreta, con lo cual aparecen en escena nuevos liderazgos, horizontalizándose el poder político. Las entidades federales adquieren nuevas competencias exclusivas a la vez que negocian servicios concurrentes con el poder central. De igual manera, el ingreso territorial venezolano incrementó su proporción en el ingreso público nacional desde 17% en 1989, hasta 27% en 1999, lo que ha permitido que el ingreso per cápita en estados y municipios se mantuviera en niveles similares a los existentes en el comienzo de la década del noventa, a pesar de la abrupta caída del ingreso del sector público del país. En las recientes elecciones del 30 de julio del año 2000, las gobernaciones y alcaldías resultaron centro de intensa disputa por el poder en Venezuela. La tensión entre centralismo y federalismo, presente en toda la historia republicana, volvió a surgir con gran vitalidad. No es fácil predecir el futuro comportamiento de la descentralización. En todo caso, la tensión entre centralismo y provincia seguirá presente pues las reformas puestas en marcha en los años noventa han marcado un cambio en la cultura política y en las formas de administración del Estado y su relación con la sociedad venezolana.

Contenido: Federalismo y centralismo: una tensión constante en la República; El entorno de crisis que envolvió a la descentralización de los años 90; El arreglo institucional de la descentralización; Comportamiento real del proceso de descentralización a partir del arreglo institucional y de la incidencia del entorno; Aproximación al comportamiento fiscal de la descentralización; Cambios en las estructuras de gobierno y del recurso humano; Impacto de la descentralización en los servicios públicos: logros y limitaciones; Los programas sociales en estados y municipios; Sociedad civil y sector privado en la gestión descentralizada: una alianza difícil pero necesaria; El desarrollo institucional y la asistencia técnica: alcance y limitaciones; La descentralización en el marco de la nueva Constitución; Aprendizajes del proceso: a manera de conclusión.